

Fotos: cortesía Editorial Norma



Eva Pereira

Experiencia y literatura

Entrevista a Ana María Machado

Durante poco más de una semana, en mayo de este año, la literatura infantil fue uno de los géneros literarios más destacados en la prensa limeña. La razón por la que las salas de prensa incluyeron en su agenda la literatura para niños fue la presencia de la escritora Ana María Machado, autora de más de un centenar de libros, en su mayoría para niños, ganadora de importantes premios internacionales —como el Hans Christian Andersen, considerado el Nóbel de la Literatura Infantil— y con una buena parte de la obra traducida a dieciséis idiomas. La escritora

estuvo en la capital peruana para divulgar su obra y para participar de actividades relacionadas con la promoción de la lectura y de la literatura. Interesados en conocer más sobre la autora y sobre el debate respecto de la literatura infantil en el Perú, *Cuadernos Literarios* acompañó un poco el pasaje de Ana María por Lima, leyendo, escuchando y viendo sus entrevistas en los medios de comunicación masiva y presenciando sus intervenciones públicas. En esta entrevista, concedida gentilmente por la autora al final de sus muchos compromisos y eventos, Ana María habla de su trayectoria intelectual, de literatura y educación, de cultura popular, además de compartir con nosotros su proceso de creación literaria y algunas de sus experiencias con el arte de contar historias, sea como escritora, sea como lectora.

¿Cómo fue el comienzo de tu relación con la lectura y con la literatura? ¿Cuál fue la participación de la escuela y de la familia en ese proceso?

L e t r a s

Hice una vez una conferencia llamada «De lectora a escritora», traducida al español por la editora Anaya de Madrid en 2002 y recogida en el libro *Lectura, escuela y creación literaria*, donde hay más detalles de mi trayectoria intelectual, pero voy a hacer rápidamente un resumen de esta trayectoria que, creo, es lo que me estás preguntando. Te cuento que la gran influencia para convertirme en lectora vino de la familia. Mis padres valorizaban mucho los libros, mis abuelos también, justamente porque veníamos de un origen muy humilde, donde el libro había sido la herramienta principal para la ascensión social. Además de eso, mi papá era periodista, trabajaba con palabra escrita, leía todo el tiempo. Mi mamá estaba siempre leyendo los clásicos. Teníamos también una biblioteca en casa.

¿Y la escuela?

La escuela, inicialmente, tuvo una contribución más negativa que positiva en ese proceso. Yo aprendí a leer sola, por estar inmersa en un ambiente lector, o sea, no exactamente sola, pero en un momento donde se pensaba que esto era estimular demasiado al niño y era considerado malo para la formación del alumno aprender a leer muy rápido. Entonces, cerca de una fiesta de Navidad, me acuerdo de esto porque yo nací en Navidad, yo estaba cerca de cumplir cinco años y la maestra envió un mensaje para mi madre, para que yo lo entregara. El asunto era la fiesta de fin del año de los niños en la escuela pública Santa Teresa, barrio de Río de Janeiro, donde yo estudiaba. Yo cogí el papel, vi lo que

estaba escrito y dije a la profesora: «Pero yo no quiero este color». El mensaje era sobre el color de papel seda que los alumnos deberían traer para hacer las flores que adornarían la fiesta de fin de año de la escuela. Yo repetí a la maestra: «Yo no quiero el color rojo, prefiero el amarillo». Ella percibió que yo no solamente estaba leyendo. Entonces, la maestra envió otro mensaje a mi casa, esta vez llamando a mi mamá para ir inmediatamente a la escuela para discutir sobre mi situación, y ahí le dijo a mi mamá que esto de leer muy temprano no es bueno para los niños, cómo hicieron eso conmigo, y otras tonterías. En fin, fue solamente ahí que mi mamá percibió que yo ya estaba leyendo textos completos y en letra cursiva. Al comienzo, entonces, mi relación de lectora en la escuela fue un poco complicada. Pero después yo tuve muy buenos profesores, excelentes profesores de portugués, y también de inglés, que confiaban en mí como lectora, me estimulaban positivamente, eran muy exigentes conmigo y me explicaban a mí y a mis compañeros de clase como funcionaba la lengua, su morfología, su vocabulario; me encantaban las clases de análisis sintáctico, para mí era como un rompecabezas, un juego. La escuela me influenció mucho en ese aspecto de revelar las estructuras de la lengua, que me gustaba mucho, y la familia me influenció mucho, porque tenía una actitud positiva en relación a los libros. Enseguida, los amigos me influenciaron mucho. Yo tenía muchos amigos lectores; estaba siempre con gente mayor que yo, y gente que hablaba de libros y de autores todo el tiempo, y

«Te cuento que la gran influencia para convertirme en lectora vino de la familia. Mis padres valorizaban mucho los libros, mis abuelos también, justamente porque veníamos de un origen muy humilde, donde el libro había sido la herramienta principal para la ascensión social».

yo los seguía en búsqueda del contacto con los textos a los que se referían. Esto me ayudó muchísimo.

¿El proceso de adquisición de la escritura fue tan natural como el de la lectura?

Sí, fue totalmente natural, dos caras de la misma moneda. Yo aprendí a escribir también muy rápido y pasé a ejercitar la escritura en las redacciones escolares, una por semana, en mi diario personal que gané a los ocho años de edad, en las cartas para un novio adolescente que vivía en otra ciudad, en reportajes y entrevistas como periodista aficionada en la escuela y en los periódicos pequeños donde vivía y después en los periódicos más importantes ya como profesional, en tesis, artículos como escritora de textos académicos y después como escritora de literatura.



¿Como escritora, cómo empezaste?

Yo estudié Letras en la universidad. Ya estaba formada, dictando clases en la facultad, ya había concluido mi maestría sobre García Lorca (empecé con un escritor español). Después ya estaba inscrita en mi doctorado, cuya tesis fue sobre Guimarães Rosa y nunca había pensado en escribir, lo único que quería escribir era mi tesis de doctorado. Pero, un día me llamaron de São Paulo de parte de la Editora Abril y me invitaron a escribir historias para una revista nueva, *Recreio*, para niños. Ellos estaban buscando profesores jóvenes y posibles autores que nunca hubiesen escrito para niños a partir de la hipótesis de buscar en los nuevos un lenguaje no excesivamente dócil y fácil, que no fuera «ñeñeñe» y, al mismo tiempo, ellos estaban buscando autores nuevos entre profesores universitarios, eligiendo en diferentes facultades del área de humanidades, a aquellos profesores cuyas disciplinas eran más aceptados por los alumnos y en que los alumnos no faltasen a las clases, que tuviesen bajo índice

de ausencia, en que los alumnos no saliesen antes del final de la clase; o sea, los editores estaban buscando personas que se comunicasen bien con los jóvenes, lo que no dejaba de ser ridículo ya que yo tenía 27 años, lo que hacía de mí alguien tan joven como los alumnos, hablaba el mismo lenguaje. Yo pregunté a los editores quiénes eran los autores que ya habían aceptado la propuesta. Eran Ruth Rocha, una socióloga, y Joel Rufino dos Santos, un historiador. Yo conocía a los dos y sabía que se trataba de gente seria, de un buen grupo. Entonces, yo decidí participar también.

Hasta hoy considerados muy buenos autores para niños.

Ninguno de nosotros jamás había escrito para niños, comenzamos todos en la revista *Recreio*. Después hubo lo siguiente: todos tuvimos éxito, pero cuando las historias eran más o de Ruth, la revista vendía cinco veces más. Entonces, al final de un año, los editores ya habían percibido eso y comenzaron a pedir historias nuestras todo

«Mis padres contaban historias, y contaban historias oralmente porque no había luz para que pudiesen leer. Yo sé que esto me marcó mucho».

el tiempo. Nosotras hacíamos una especie de *ping-pong*: un número de la revista para una autora, otro número para la otra. Eso nos dio una enorme práctica para escribir. Después empecé a tener otras ideas para libros más grandes, donde no tuviese que estar reducida a quince páginas de diez líneas como en la revista. Entonces yo escribía otras cosas, escribía y guardaba, escribía y guardaba, sentía la necesidad de escribir. Hice eso durante unos nueve años. En ese tiempo, fue exiliada, terminé mi tesis de doctorado, volví a Brasil y continuaba escribiendo. En 1976, finalmente publiqué mi tesis en Brasil, después de traducirla, porque había sido hecha en francés y, por coincidencia, fue mi primer libro publicado: *O Recado do Nome. Leituras de Guimarães Rosa à luz dos títulos e dos personagens*. En este, como te estaba contando, la misma Editora Abril decidió publicar reunidas las historias que habían sido publicadas antes en la revista *Recreio*. Salieron de esta manera tres de cuentos míos y ellos me pidieron una historia más larga para empezar una serie, yo les pasé *Bento-que-bento-é-o-frade* y continué sin buscar editor para las otras historias. Pero, en el año siguiente, yo vi un anuncio sobre un concurso de literatura infantil en Belo Horizonte para originales inéditos. Envié *Historia meio ao contrário* y gané. Esto fue fundamental para mi comienzo como escritora, pues, en primer lugar, el premio era la publicación y, en segundo lugar, hubo una muy buena cobertura de la prensa. Algunos editores me buscaron para escribir historias para ellos. Ahí yo abrí mis cajones y fui distribuyendo lo que yo tenía escrito y guardado, los libros ya estaban listos. Entre 1979 y 1980 yo publiqué alrededor de unos diez libros.

Coincidió con un cierto boom de la literatura infantil en Brasil, con una mayor preocupación con la lectura, con la apertura política.

No totalmente; esto se va a dar más completamente en los años ochenta. Un factor importante, en este sentido, fue el hecho de que 1979 fue el Año Internacional del Niño y esto abrió muchos espacios para la literatura infantil en Brasil. Entonces, la literatura infantil y juvenil ya actuaba críticamente antes de la apertura política. La dictadura militar en Brasil terminó en la mitad de los años 80, cuando tuvimos una elección presidencial—aunque indirecta, ya que el presidente Tancredo Neves fue elegido por los congresistas— y con la muerte de Tancredo, su vicepresidente José Sarney asume el cargo de primer presidente civil en 1985, dos décadas después de haber empezado la dictadura. Ahora, el boom de la literatura infantil y juvenil en Brasil ocurrió en los años 70 y comienzos del 80. Creo, incluso, que la literatura para niños y jóvenes participó activamente como elemento de resistencia cultural y política. Mi libro *Era uma vez um tirano* (*Había una vez un tirano*), por ejemplo, es de 1982. Otros autores, como Ruth Rocha y sus libros *O reizinho mandão* (*El reyecito mandón*) y *O rei que não sabia de nada* (*El rey que no sabía nada*), también participaron de este movimiento, con temas y textos donde se ejercía la crítica de la realidad social e histórica del Brasil, lo que exigía coraje para ir probando los límites de estas mismas críticas frente a los dictadores.

¿En qué medida tu experiencia de vida en el extranjero influyó en tu formación como lectora y como escritora?



Yo viví un año y medio en Argentina cuando tenía entre seis y siete años de edad. Después cuando tenía 19 años yo viví cuatro meses en Nueva York, donde fui para estudiar. Después salí de Brasil para el exilio, de 1970 hasta 1973. Viví en París y Londres. Después viví nuevamente en Londres entre 1989 y 1990. No sé en qué medida esto influyó mi literatura, no veo ninguna influencia directa. Pienso que todas las experiencias que uno vive influyen en su creación literaria. Aparte del extranjero, yo viví en Manguinhos, que es una playa, un pueblito de pescadores al norte de Vitória, en el Espírito Santo. Es un lugar esencial de mi niñez, allí viví casi todos los veranos de mi vida (incluso cuando vivíamos en Buenos Aires, yo vine a pasar algunos meses con mis abuelos en Manguinhos). Después, era allí que mis abuelos vivían, que mis padres pasaron a vivir cuando se jubilaron. Además, fue el espacio fundamental de mis grandes lecturas de verano, cuando yo decidía leer con orden y atención a los «difíciles» o larguísimos. Allí leí a Homero y a Joyce, allí leí toda la obra de Proust, leí por primera vez *Grande Sertão*:

Veredas, de Guimarães Rosa. Entonces, parte de las posibles influencias eruditas o cosmopolitas que acaso mi obra pueda tener me llegaron también en Manguinhos, a la lectora en la hamaca bajo un árbol. Yo viví allí de 1986 hasta 1988; durante tres años viví en una casita de pescador, porque Luíza, mi hija, estaba pequeña y nosotros queríamos, y podíamos en ese momento, retirarnos un poco de la ciudad grande. Manguinhos, probablemente, influyó más directamente, porque era un lugar sin electricidad, era un lugar para dormir; cuando yo era pequeña, dormía en hamaca o alfombra, dormíamos los primos todos en la misma habitación. Mi experiencia en Manguinhos era siempre muy rica: mi abuela contaba historias, mis tíos contaban historias, mis padres contaban historias, y contaban historias oralmente porque no había luz para que pudiesen leer. Yo sé que esto me marcó mucho, además de posibilitarme las amistades que hasta hoy tengo con las personas que viven ahí, amistades para la vida entera, porque yo continúo yendo a Manguinhos, tengo casa allí hasta hoy, y llevo a mis nietos conmigo. Lo mejor de Manguinhos quizás sea esta amistad tan próxima, con personas que tienen una experiencia completamente diferente de la mía, pescadores, hijos de pescadores, agricultores.

Que tienen una cultura más oral que escrita.

Sí, tienen una cultura más oral que escrita. Hoy en día ya no; los hijos de ellos ya presentan una cultura escrita bien perceptible. Te doy un ejemplo: el hijo de una de las chicas con que yo jugaba es periodista, trabaja en el periódico *Folha de São Paulo*. Sabemos que la movilidad social en Brasil es sorprendente; pero lo que yo te digo es que, más que la diferencia, lo que ocurrió fue una integración de mi parte con ellos, con su sensibilidad, con lo que vivían, con los miedos que tenían, gente que creía en



la existencia de las almas del otro mundo, que tenía creencias, miedos, supersticiones, sabidurías, medicinas, además de las muchas historias; tengo un respeto muy grande por ellos, porque no es solamente la historia como un momento mágico, de distracción. Mi respeto va hacia la persona que está conversando conmigo; así, las dos sentadas en el suelo, en la escalera enfrente de la casa, pasa el gato, ella mira y dice: «Voy adentro a terminar el aceite que estoy preparando porque mañana va a llover. Mira el ojo del gato». Yo pregunto: «¿Qué tiene el ojo del gato?». Ella me enseña la forma diferente de lo común de todos los días en la pupila del gato y, tiene razón, el día siguiente llueve. Son estas experiencias que viví y vivo en Manguinhos que sí influyen mucho. Ahora, el cosmopolitismo de los viajes al extranjero es otra cosa, claro, que debe haber influenciado también, pero no sé en qué medida.

Quizás el contacto, el acceso al otro lado de la cuestión, a la considerada alta cultura escrita.

Sí, el contacto con todo eso sí fue de alguna manera importante: visitar un montón de museos, librerías fantásticas. Algo que creo me influyó mucho, no sé en qué medida a la obra, pero me influyó como persona y como intelectual, fue el contacto con el debate; con el debate de una manera que el brasileño no hace, el debate de ideas, donde

uno espera el hablar hasta el final y solo después dice: «I see your point, but I don't agree with this». Y no empieza su participación descalificando en términos personales al adversario, acusándolo de no saber de lo que está hablando, que no sé qué, no sé cuanto y lo interrumpe. Ver por televisión este respeto por las ideas del otro, ver eso en la relación entre profesores y alumnos, esto de los países europeos me marcó mucho. Creo que hoy tengo esta capacidad de esperar al otro terminar lo que está diciendo, y tengo una necesidad muy grande que el otro me permita un cierto tiempo antes de contestar, antes de ejecutar el discurso, seguro para intentar organizar las ideas y confirmar si es lo que quiero decir, no contestar tan rápido y automáticamente, no improvisar demasiado.

¿Crees que la proximidad con un ambiente donde es muy marcada la presencia de la oralidad, la convivencia con personas tan sensibles a las señales de lo cotidiano de la naturaleza es importante para la formación del lector? ¿O el niño es capaz de aprender directamente la lectura en los textos escritos?

Mira, no me gusta hacer generalizaciones, especialmente en este caso. Yo puedo hasta decir que para mí sí fue importante, yo conté historias para mis hijos y hoy mis hijos cuentan historias para mis nietos y todos son lectores. La experiencia que tenemos en nuestra familia es que tal cosa es importante. Pero yo conozco casos de niños que no tuvieron un ambiente así y también son lectores.

Niños de la generación de la computadora y de la televisión.

Niños más urbanos, niños cuyos padres no disponen de tiempo para contarles historias en la noche, pero que les regalan libros, les estimulan. Yo creo que el ejemplo es lo que cuenta: uno

«Yo quería tener el mismo placer que mi mamá tenía cuando estaba leyendo. Esto me parece mucho más estimulante que alguien me dijera: “Lea niña, que leer es bueno”. Ella me estaba mostrando en vivo que leer es placentero, tan placentero que ella no quería parar».

ver al otro leyendo. Yo me acuerdo, era muy pequeña, no sé qué edad tenía; me acuerdo de llegar cerca de mi madre para pedir alguna cosa y ella decirme «Espera un momentico, déjame terminar esto». Ella estaba leyendo un libro y yo le tenía una mezcla de envidia, celos y curiosidad hacia aquel papel, aquella cosa, aquel objeto que era momentáneamente más importante que yo. Yo me preguntaba qué podría haber allí adentro que me excluía del mundo de mi mamá en aquellos momentos, y a lo que ella daba prioridad. Creo que esto fue uno de los estímulos más fuertes para que yo también quisiera leer. Yo quería tener el mismo placer que mi mamá tenía cuando estaba leyendo. Esto me parece mucho más estimulante que alguien me dijera: «Lea niña, que leer es bueno». Ella me estaba mostrando en vivo que leer es placentero, tan placentero que ella no quería parar.

Algunos de tu libros, *Abrindo caminhos* por ejemplo, presentan una serie de referencias intertextuales e interculturales relacionadas a la poesía, a la música, a los viajes, a las invenciones, que se destinan también a un público ya adulto y consumidor de cultura. Cuando estás escribiendo, ¿piensas en una edad determinada?

No. En ese libro a que te referiste, por ejemplo, yo no tenía la más mínima idea para qué edad sería. Cuando terminé el texto, yo lo entregué al editor y le dije: «Mira, yo tengo aquí un enigma, yo no sé que es eso. ¿Te interesa publicarlo?». Él me dijo que sí, que haría un libro ilustrado,

que iba a poner al final de la obra alguna cosa que orientase a los padres y profesores. El editor estaba convencido de lo que haría con el texto, yo no tenía la más mínima idea sobre lo que era de verdad el libro y para qué edad se destinaría.

En tu artículo «Entre vacas y gansos: escuela, lectura y literatura», cuentas con cierta emoción la experiencia de una maestra del interior de Brasil que comienza la formación de la biblioteca escolar con dos libros y va ampliando el acervo, haciendo los propios libros a partir de historias contadas oralmente por personas de la comunidad y recogidas por los alumnos. ¿Has conocido otras experiencias de este tipo últimamente?

No, como esta experiencia de la maestra de Mato Grosso, en el interior de Brasil, no tengo ninguna noticia. Esta fue una experiencia muy fuerte para mí; así tan fuerte creo que no conozco otra. Además de eso, pienso que hoy en día es muy difícil encontrar una escuela en Brasil donde no haya llegado el libro. Es bastante incorrecto políticamente lo que voy decir, pero en el gobierno de Fernando Henrique Cardoso todas las escuelas recibieron libros de literatura infantil e hicieron sus salas de lectura, sus bibliotecas. Hasta hubo un proyecto «Literatura en mi casa» en que todo alumno del 4.º grado de primaria recibía una pequeña colección de libros, para llevar a casa, además de que la misma colección estaba a su disposición en la escuela. Entonces esta cosa del profesor que no tiene posibilidad

de acceso a libro ninguno, pienso que hasta en el Alto Amazonas, no existe.

Ahora la dificultad es otra. Antes era «No tengo acceso».

Ahora nosotros vemos que el libro está ahí, pero el profesor no lee, el profesor tiene miedo, el profesor no sabe qué hacer con este libro. Cuando es un libro muy ilustrado, todavía es posible para él hacer alguna cosa; con un poco más de texto, el profesor se queda intimidado, atemorizado y no sabe qué hacer. Después vienen las mil y una órdenes contradictorias del Ministerio de la Educación o de la Secretaría de Educación hablando de constructivismo y de deconstructivismo, lo que causa más pánico y confusión entre los profesores, y lo que era una biblioteca se convierte en una sala de castigo. Por eso, creo que la etapa siguiente es formar al profesor lector.

Tienes un itinerario intelectual muy marcado también por la divulgación de la literatura, de formadora de un público lector. ¿Ese aspecto militante de tu carrera, en defensa del libro y de la lectura, interfiere en la producción literaria?

Está empezando a interferir mucho. Porque esta actividad paralela a la literatura se acaba multiplicando demasiado, dejándome poco tiempo, no solamente para escribir, sino también para «decantar» las experiencias. Necesito a veces de un tiempo de silencio, un tiempo de no interrupción, de no sollicitación. Yo estoy firmemente decidida a parar un poco. Volver por un tiempo para Mangueiros.



Justamente en este aspecto de la divulgación de la lectura, ¿qué importancia tienen en tu trayectoria intelectual las adaptaciones de texto y el regreso a los clásicos populares brasileños como está, por ejemplo, en *Histórias à brasileira*?

Histórias à brasileira era un libro que yo jamás había pensado hacer; quien me sugirió fue Luiz Schwartz, el editor de la Companhia das Letras. Él quería hacer algo como las *Fábulas Italianas* de Ítalo Calvino. Schwartz quería hacer

un volumen de historias de la tradición oral brasileña. Ahí él me hizo la sugerencia y yo la cambié: yo le sugerí que hiciésemos unos tres o cuatro volúmenes ilustrados para niños. Después de agotada esa colección, reuniríamos las historias en un único volumen para adultos parecido al de Calvino. Ya tengo guardado conmigo el material para este volumen único, con las notas al pie de página, las explicaciones, para cuando sean publicadas para adultos.

Ahora, yo percibí después que algunas de estas historias fueran publicadas antes en separado. Es el caso por ejemplo de «A galinha que criou um ratinho» («La gallina que crío un ratoncito»), mi historia preferida cuando yo era pequeña, una historia que mi madre contaba. Por tanto, sin saber, yo ya me estaba preparando para ese proyecto hacía ya algún tiempo, porque yo siempre escuché estas historias y siempre leí sobre estas historias. Yo tuve un tío que era folclorista; nosotros acompañábamos la *Revista do Folclore* desde mi niñez. No solo yo tenía el contacto directo oyendo historias, sino que

leía los textos recogidos por los especialistas. Uno de los más importantes estudiosos de cultura popular de Brasil, Luiz da Câmara Cascudo, era amigo de mi abuelo. Así que este aspecto de mi formación tendría que volver de manera más evidente en algún momento de mi producción literaria.

Además de ser una muy buena lista de sugerencias para la formación de una biblioteca personal, el libro *Clásicos, jóvenes y niños* es una defensa apasionada de la literatura y de la lectura. En tiempos de Internet, videojuegos e hiperescolarización, ¿es todavía posible apostar en la literatura para un número grande de personas?

Si hubieses parado tu pregunta en la palabra literatura, yo contestaría lo que siempre contesto frente a esta cuestión y diría que hoy en día existe la tentación de la televisión y de la Internet; antes había la tentación del patio. En el patio, el niño tenía el perro, los gusanos de la tierra, los juguetes, los juegos con los amigos. Entonces la situación no cambió tanto así. Pero tu cuestión es un poco más compleja; ya que agregaste la expresión «para un número grande de personas», me obligas a desarrollar un poco más la respuesta: pienso que antiguamente menos gente leía; recientemente tuvimos una apertura enorme con la democratización de la escuela y con una cierta hiperescolarización, ya que los niños están cada vez menos tiempo en la escuela, sale de una clase para otra, corren de un lado para otro como quien no tiene que hacer; en

fin, esas son distorsiones de la educación brasileña. Yo no creo que va a haber un gran número de lectores en el futuro, ya que tampoco los había en el pasado. Si observas los números de ejemplares de las ediciones de los libros de Machado de Assis o de Carlos Drummond de Andrade, te espantarás cómo alguien cambió la literatura en Brasil, publicando 150 ejemplares, que es el caso de *Alguma poesia*. O sea, nunca en Brasil fue «para un gran número de personas». Ahora, yo defiendo que todos tienen el derecho de saber lo que es la literatura y de elegir si quiere o no leer literatura. Si uno no quiere leer, no lea; si quiere pasar el día frente a la televisión o la computadora, que lo pase, pero que sepa que existe algo con determinadas características, que la literatura te ofrece, y dónde se puede encontrar. Entonces, para decir qué es la literatura, la escuela es fundamental. Para que se pueda encontrar, la biblioteca es fundamental. Y esta es la obligación del poder público. Yo creo que la democracia política depende de la democratización del acceso a la lectura de literatura y eso solamente es posible a través del trabajo de profesores lectores que sean capaces de transmitir las informaciones necesarias y el amor por el libro, y a través de una red de bibliotecas donde uno, un bello día, pueda decir: «¡Ah!, la *Odisea*, ya escuché hablar de eso, voy a la biblioteca para saber qué es la *Odisea*». O entonces algo más contemporáneo. Si uno quiere saber qué es Harry Potter, que pueda ir a la biblioteca, entrar ahí y leer.

«Yo creo que la democracia política depende de la democratización del acceso a la lectura de literatura y eso solamente es posible a través del trabajo de profesores lectores que sean capaces de transmitir las informaciones necesarias y el amor por el libro».



¿Literatura y educación pueden ser combinadas? La obligatoriedad de la lectura dada por su indicación de utilidad en el aprendizaje y como condición fundamental en la cultura escrita ¿no acaba por alejar al lector del texto literario? Al final de cuentas, la literatura debe ser vista como algo útil o como algo inútil? Yo tengo mucha dificultad de hablar de eso así, en tesis, porque yo concuerdo enteramente con que la literatura no debe ser vista como algo útil y casi todo está implícito en tu pregunta. Creo que sí, la literatura y el aprendizaje de la literatura son condición fundamental para la adquisición de la cultura escrita. Uno puede optar por alejarse de la cultura escrita, pero a partir del momento que va a leer alguna información en la computadora, en los periódicos, para no ser mentalmente colonizado, tendrá que saber leer críticamente y solamente estará preparado para eso si se ha acostumbrado a leer y a leer literatura. Claro, lo ideal sería que la lectura fuera

un espacio de placer, pero en un país como el Brasil en que el ejemplo lector no viene de las familias, porque las familias, en su gran mayoría no leen, no tienen libros, donde las casas no tienen siquiera un espacio para un estante con libros; un país que no tiene un sistema de bibliotecas, un país donde la televisión no tiene un programa que hable de los libros, donde hablar de literatura en los periódicos es un «rito estacional», cada dos años, cuando tenemos la Bienal del Libro entonces, uno no puede simplemente decir: «No vamos a escolarizar la literatura». Decidir en favor del puro placer en la relación con la literatura acaba, en este caso, por eliminar la posibilidad del contacto con la literatura y con el mismo placer que ella produce en nosotros.

En varios de tus libros y de tus ensayos siempre partes de tus experiencias personales para después hablar de literatura o de educación, o de tus libros; siempre destacando esa positividad de la experiencia. ¿Cómo la experiencia se transforma en literatura? ¿Cuál es tu proceso de escritura?

Acostumbro decir que el proceso de la escritura nace de tres caminos o vertientes que se encuentran, se unen y se trenzan. Pienso que uno de los caminos viene de lo más inmediato, del presente, que está en el área de la percepción y de la observación de lo que está en nuestro alrededor, en el ambiente. Existe otro camino, otra línea que viene del pasado, que es la memoria, la memoria de lo vivido, la memoria de lo leído, la memoria de lo visto, o sea, de lo que fue experimentado por los sentidos, todo lo que uno ya pasó y que se mezcla de una manera que uno no sabe cómo ocurrió. El otro camino no tiene que ver exactamente con el futuro, sino con los posibles, los virtuales, los potenciales, que es la línea de la imaginación, aquello que despierta las emociones, como el miedo frente a algo que imaginamos y

del que tenemos tanto miedo, o de algo que se desea, que es siempre un vector para el futuro o para el presente. Yo pienso que memoria, percepción e imaginación son los tres componentes fundamentales de la escritura, a partir de un trabajo con el lenguaje. Vuelvo siempre al lenguaje, porque yo escribo; yo no hago cine. Yo utilizo el lenguaje verbal, trabajo con eso. Y esto se ejercita. Y esto también se ejercita en la lectura.

En el homenaje que te hicieron la Editorial Norma y la Embajada de Brasil en Lima, Mirko Lauer comparó tu relación con la cultura popular y el respeto que tienes por los niños; la importancia de tu militancia en defensa de la educación y de la literatura, del trabajo del educador brasileño Paulo Freire. ¿Podrías, para terminar, comentar esta comparación?

Nunca nadie había hecho esa observación que hizo Mirko y, por ello, me sorprende y lisonjea muchísimo. Además, creo que tiene sentido la comparación. Antes que nada, debo decir que conocí a Paulo Freire, una persona adorable y un intelectual brillante. Yo estudié su obra y su trabajo cuando él todavía no era famoso, en el comienzo de los años 60, luego de la experiencia pionera que hizo en Angicos, Rio Grande do Norte, y pude constatar los resultados extraordinarios que su método de alfabetización obtuvo allá. Fascinada con lo que él contaba, me junté a un grupo, el MEB —Movimiento de Educación de Base— que estudiaba esa experiencia para aplicarla después. Y fue lo que hice yo cuando dictaba clases de alfabetización de adultos para empleados de la construcción civil en una obra en Copacabana, como relaté en el texto «TULUTATULE», un homenaje a Paulo Freire en ocasión de su muerte, y después lo incluí en el libro *Contracorriente*, de la Editora Ática. Pero no llegamos muy lejos con nuestro trabajo.

Era inicio de 1964 y en pocos meses hubo el golpe que instaló el gobierno militar en Brasil. El MEB fue perseguido y su grande colaborador en el Ministerio de Educación, Roberto Pontual, fue despedido, cazado (con «z») y encarcelado; todo se interrumpió. Años después, ya en el exilio, al ver a mi hijo Rodrigo y sus amigos comenzando a leer en inglés, decidí recurrir al método Paulo Freire (y a mis conocimientos de Lingüística, disciplina en que yo estaba haciendo mi doctorado) para alfabetizarlos en portugués, de una forma estimulante. Inventé un juego con fichas de sílabas, con las cuales componíamos historias. Fui fijando las mejores en un cuaderno, para no olvidarme. Más tarde, de regreso a Brasil, decidí aprovecharlas para hacer una serie de libros destinada a niños que están aprendiendo a leer. Es la serie *Mico Maneco*, que tiene enorme éxito hasta hoy, con más de dos millones de ejemplares vendidos, e ilustrada por Claudius Ceccon, arquitecto y artista que trabajó con Paulo Freire en el exilio (en Guinea Bissau) y que es casado con una pedagoga que había trabajado con Piaget. Ahora, más que el método de alfabetización, creo que lo que me impresionó de verdad, y se quedó para siempre en mi memoria de los contactos con Paulo Freire y con su trabajo, fue el profundo respeto que él tenía por el otro, principalmente cuando ese otro era alguien generalmente considerado inferior, subalterno o ignorante —ya sea por ser analfabeto, por ser niño. Siempre me quedo impresionada con cuanto estoy aprendiendo con gente considerada simples o con los niños. Paulo Freire no fue el único, yo sé que tuve otras influencias en esa área. Pero, sin lugar a dudas, me ha dejado marcas profundas que vinieron a juntarse a mi intensa vivencia de proximidad con la cultura popular desde la infancia. ■